

CONSEJO DE DECANOS
DE FACULTADES DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS DE
UNIVERSIDADES NACIONALES
(Editor)

CRISIS
de las Ciencias Sociales
de la Argentina en
CRISIS

prometeo
libros

Para el debate de las Ciencias Sociales ante la crisis argentina y las transformaciones en el escenario internacional, consideramos necesario plantear algunos problemas nodales con una estrecha relación entre sí, aunque seguramente no agotan los múltiples y complejos factores que imponen duros desafíos al pensamiento social. Los temas desarrollados contemplan: I) La crisis del *objeto de estudio*, con referencia a los profundos cambios ocurridos en nuestras sociedades y en la arena mundial de las últimas décadas. II) La crisis de las Ciencias Sociales y Humanas, vinculada con sus extremas parcializaciones y el distanciamiento entre la elaboración teórica y los procesos socio-históricos en los cuales se formulan o actualizan tales elaboraciones, lo cual obstaculiza el despliegue de un conocimiento estratégico. III) La endeble formación de los científicos sociales –salvo los especialistas– en historia de Argentina y América Latina, que lleva a eludir la vigencia del pasado en problemas de actualidad. IV) El potencial del pensamiento autónomo latinoamericano de tradición popular, con respecto al alcance del concepto de seres humanos, ciudadanía, democracia y pluralismo. V) Las alternativas de Argentina ante una nueva edad de la historia y el papel de las Universidades,

* Es Licenciada en Sociología por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Independiente en la Carrera del Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (CONICET) y Docente-Investigadora de la Universidad de Buenos Aires Categoría I. Algunas de sus publicaciones son: "Los laberintos de la crisis (América Latina: poder transnacional y comunicaciones)", "Un horizonte sin certezas: América Latina ante la Revolución Científico-Técnica", "Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular".

como una de las fuentes esenciales del nuevo recurso estratégico del *conocimiento* en la Revolución Científico-Técnica.

Hipótesis para el debate

I: Crisis del *objeto de estudio*: las sociedades y la escena mundial

Uno de los rasgos más significativos que caracteriza a las Ciencias Sociales, en las versiones dominantes dentro de las distintas disciplinas, ha sido su limitación para interpretar la magnitud de los cambios ocurridos en las últimas décadas –tanto en lo internacional como en las sociedades de América Latina– y, en consecuencia, los obstáculos encontrados en la formulación de alternativas. La crisis de las Ciencias Sociales –manifestada, entre otros aspectos, en “la dificultad de generar ideas para hacer resurgir al país en toda su integridad”– debe ser abordada relacionándola con esos cambios, en tanto ambos problemas se condicionan mutuamente.

I.1: *Revoluciones tecnológicas y edades de la historia*

La profundidad, extensión y celeridad de las transformaciones desplegadas a nivel mundial desde fines de los años setenta, dan cuenta de un corte de época histórica. Una mirada de largo plazo permitiría afirmar que se ha clausurado el ciclo de la Edad Contemporánea, iniciado en los últimos decenios del XVIII, cuando se conjugan los primeros impactos de la Revolución Industrial con el surgimiento de nuevos valores e ideas económicas, sociales, políticas y culturales, que tienen un hito en la Revolución Francesa. Las intensas conmociones en todos los órdenes de la vida que se suceden en ese período marcan una solución de continuidad con la dinámica histórica anterior, cerrando el ciclo de la Edad Moderna que había comenzado hacia los siglos XV y XVI. En grandes trazos, puede comprobarse que en esos momentos de *mutaciones* de la historia, cuando nacen respectivamente la Edad Moderna y la Edad Contemporánea, van confluyendo diversos procesos sociales, económicos, políticos, militares y culturales de gran complejidad, habilitando la emergencia de nuevos instrumentales tecnológicos capaces de establecer un punto de inflexión en sus potencialidades frente a las tecnologías y conocimientos hasta entonces vigentes. A su vez, esas revoluciones tecnológicas

aceleran los procesos que les dieron origen, produciendo alteraciones que rompen la inercia anterior e inauguran una nueva edad.

El paulatino desarrollo del comercio y las ciudades en Europa, la invasión otomana con el cierre del Mediterráneo y la caída de Constantinopla, la secular guerra contra los musulmanes y la reconquista de la península ibérica, junto a otros procesos impulsados por las nacientes burguesías favorecieron la revolución tecnológica de los siglos XV y XVI. Nuevas tecnologías aplicadas en las artes de la navegación y de la guerra, mientras la imprenta de tipos móviles será esencial para la difusión de los saberes, la evangelización y las luchas religiosas. Estos cambios históricos siempre han planteado una pregunta que hoy tiene tanta vigencia como entonces: ¿quiénes son los seres humanos en el mundo? La revolución tecnológica y el cambio de época que acompañan la expansión hispano-portuguesa sostuvieron una peculiar definición sobre dos de los principales troncos que, con diversas mestizajes entre sí y con la población blanca, conformarán las mayorías sociales de América Latina. Una Bula Papal de 1454 establece que los negros no tienen alma, no son seres humanos. En consecuencia, durante tres siglos se capturaron sin ofender a Dios más de cien millones de hombres y mujeres africanos para someterlos a la aberrante esclavitud. Cabe mencionar que entre los siglos XI y XVI se habían desarrollado en África negra culturas de gran refinamiento con influencia islámica: a la Universidad de Timbuctu, en el Imperio de Malí, concurrían nueve mil estudiantes; realizaban cirugía con anestesia; y también en matemáticas, filosofía o astronomía desarrollaron hacia la misma época saberes más elaborados que los de Europa Occidental. Es posible, entonces, que parte de los primeros esclavos traídos a América fueran connotados científicos o humanistas. A los indígenas les reconocen un alma, aunque eran *amentes*, faltos de razón; se entregan a encomenderos para ser evangelizados y los condenan a una inhumana explotación: los cálculos indican que en los primeros cien años de la conquista –debido a las guerras, a la ruptura de los equilibrios ecológico-sociales de las culturas nativas, a las pestes introducidas por los europeos y a una explotación laboral brutalizada– mueren cerca de ochenta de cada cien habitantes americanos originarios. Las clases dominantes que se constituyen a partir de la conquista sostendrán, en los tres siglos de dominio colonial con las particularidades propias del Brasil y las distintas regiones del

imperio español, esta diferencia entre seres humanos y otros menos que humanos

Hacia fines del XVIII y comienzos del XIX también confluyen diversos procesos económicos, sociales, políticos, militares y culturales que favorecen la emergencia de la Revolución Industrial, con vigorosos impactos en la composición de las sociedades y en las relaciones de poder internacionales. En esa etapa se consolidan la monarquía parlamentaria en Inglaterra, la independencia de Estados Unidos, la Revolución Francesa y, poco después, los procesos de emancipación de América Latina. Los valores de la Revolución Francesa muestran un doble significado: por una parte imponen una nueva ética solidaria como base de la organización de las sociedades, con la libertad, la igualdad y la fraternidad; por otra, esos valores de libertad e igualdad eran al mismo tiempo requisitos técnico-económicos para desplegar los potenciales de la Revolución Industrial, que convierten en anacrónicos e irracionales el trabajo esclavo y servil, las aristocracias de sangre y las monarquías absolutas. En ese contexto se irán forjando las revoluciones democráticas del Occidente central, que también serán restrictivas en el alcance del concepto de lo humano. La Constitución democrática liberal de Estados Unidos garantiza que los hombres sean libres, iguales, propietarios, representativos, republicanos, federales; pero los negros son esclavos y los indígenas deben ser exterminados. Esta definición acerca de quiénes son los seres humanos, propia de las democracias liberales y del pensamiento occidental dominante, se reproduce en todas las experiencias políticas europeas hasta fechas tan cercanas como mediados de los años sesenta del siglo XX. La igualdad, la libertad y la democracia eran para los franceses blancos, no para los argelinos o indochinos; para los ingleses blancos, no para los hindúes o africanos; para los holandeses, no para los indonesios; para los belgas, no para los congoleños. En contraste, desde los inicios de la Edad Contemporánea, los proyectos populares en América Latina formulan los planteos más avanzados en el concepto de seres humanos, ciudadanos y democracia de todo Occidente: la abolición de la esclavitud y la servidumbre indígena, su reconocimiento como ciudadanos plenos, la reformulación de la idea de propiedad con redistribución de las tierras, su concepción educativa, son algunos de esos planteos que –no obstante haber sido derrotados– conservan una sorprendente actualidad.

I.2: Los retos de una nueva edad histórica

El ciclo de la Edad Contemporánea comienza a cerrarse al finalizar la Segunda Guerra Mundial. En la etapa comprendida entre 1945 y 1973 –tomando este último como un año que condensa complejos procesos a nivel internacional, con una densidad similar a 1789– se produce la Revolución del Tercer Mundo. Por primera vez en más de cuatro siglos dos tercios de la humanidad, considerados seres inferiores por la supremacía euroamericana –que hasta entonces habían resistido a través de luchas aisladas–, hostigan a las potencias coloniales y neocoloniales, impulsan procesos de liberación nacional y social e imponen gobiernos de corte popular en gran parte de las regiones asiáticas, africanas y de América Latina. Promueven valores de una ética solidaria más profunda e inclusiva que los de la Revolución Francesa: junto a la libertad y la igualdad también para ellos reivindican las autonomías nacionales, la justicia social, la dignidad de sus identidades culturales, la cooperación horizontal entre naciones soberanas sin hegemonismos ni expoliación y el derecho a expresar sus propias versiones de la historia y de los sucesos del presente, a hacer oír sus voces. Procesos sociales, económicos, políticos, militares y culturales que cuestionan las raíces del dominio occidental, y su idea de que la cultura de quince por ciento de la población mundial es la única civilizada –la *cultura universal*– mientras los patrimonios del grueso de la humanidad, ochenta y cinco por ciento, son bárbaros o primitivos. De lo cual se deducía que el único camino para alcanzar la civilización y el progreso era subordinarse a las políticas y al despojo impuestos por esas potencias. En contraste, los movimientos de las áreas periféricas afirman que lo más rico y característico de lo humano es la multiplicidad de etnias, lenguas, creencias, expresiones artísticas, saberes y conocimientos, y que el respeto a las diferencias debe ser la base de la igualdad frente al desprecio o la discriminación. Crítica contundente de esos nuevos protagonistas históricos a la cultura de Occidente que sin duda ha exhibido deslumbrantes manifestaciones a lo largo de su historia, pero también una sistemática veta racista y de desprecio hacia la mayor parte de los pueblos del planeta.

Ese período de casi treinta años –cuando los movimientos en Asia, África y América Latina convergen con las movilizaciones obreras y estudiantiles en Europa y por los derechos civiles de las

minorías negras o el pacifismo en los Estados Unidos— culmina en 1973, golpeando núcleos decisivos del poder de las metrópolis. La derrota norteamericana en Vietnam, el aumento de los precios del crudo y el embargo petrolero de la OPEP que ponen fin al desarrollo capitalista basado en energía barata, y la Conferencia de los Jefes de Estado y Gobierno de los Países No Alineados en Argelia, donde se plantea la necesidad de impulsar un Nuevo Orden Económico Internacional más equilibrado y un Nuevo Orden Mundial de la Información y las Comunicaciones, se suman al avance relativo de la URSS en la confrontación bipolar indicando una declinación de las potencias capitalistas. Esta situación desfavorable lleva a Estados Unidos a impulsar una gran restauración conservadora con el objetivo de recomponer su hegemonía. Una acción semejante a la política de la Santa Alianza entre 1815 y 1848, cuando la reinstauración de las monarquías absolutas afirma que los valores políticos y sociales de la Revolución Francesa no eran más que un equívoco de la historia, porque una verdad eterna e incuestionable legitimaba los privilegios del Antiguo Régimen, la existencia de seres humanos superiores e inferiores. Bajo los gobiernos de Nixon y Ford, Henry Kissinger será uno de los principales mentores de esa restauración, más tarde *aggiornada* por la Comisión Trilateral y los *tanques de pensamiento* neoliberal de Reagan y Bush. Como compensación estratégica de la derrota en Vietnam, a comienzos de los setenta se desata una ola sincrónica de dictaduras militares en América Latina. Esas dictaduras complementan a las existentes, hasta completar un esquema represivo que utiliza el terrorismo de Estado como condición para implantar nuevos modelos de acumulación promovidos por el FMI y el Banco Mundial.

La crisis de 1973 —manifestada en términos económico-financieros— es consecuencia de ese cambio en las relaciones de poder político global en detrimento del área de influencia capitalista. Durante el transcurso de los años setenta se hace evidente la disminución relativa del poder norteamericano ante la URSS, que detentaba la ventaja de ser productora y exportadora de petróleo. Ello le permitirá incrementar sus lazos económicos con la mayoría de las naciones europeas y distintos países de América Latina bajo dictaduras militares: las derechas europeas de Helmut Kohl o Giscard D'Estaigne se niegan a apoyar el boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980, y la dictadura argentina rehusa par-

ticipar en el boicot cerealero encabezado por Estados Unidos. Hay un aumento relativo del poder soviético que lleva a la invasión de Afganistán en 1979, el mismo año en que triunfan la revolución islámica en Irán y los sandinistas en Nicaragua. En ese marco se acelera la Revolución Científico-Técnica: la crisis del petróleo y el alza de los salarios que afectaban a las ganancias empresarias, junto a la decisión de perfeccionar el potencial militar-espacial, serán los motores fundamentales del desarrollo de la ciencia y las tecnologías de avanzada. Acosados por el aumento petrolero, Japón y Estados Unidos propugnan el desarrollo de nuevas tecnologías —teleinformática, biotecnología, nuevos materiales— que establecen un salto cualitativo equivalente a las armas de fuego frente a los arcos y las flechas. Las tecnologías avanzadas permiten el diseño de un nuevo paradigma en la producción, servicios, finanzas, administración económica y social, comunicaciones e información que desplaza el grueso de las técnicas y modelos organizativos del ciclo de la Revolución Industrial. Los nuevos paradigmas reducen las demandas petroleras y de materias primas tradicionales, obligan a una reformulación de los procesos laborales en las más diversas áreas e imponen la reducción de setenta y cinco por ciento del tiempo de trabajo humano necesario en los diferentes sectores de la actividad social. Significan además un avance cualitativo en el campo militar-espacial, por la miniaturización, eficiencia y aceleración de sus componentes esenciales, y la Revolución Científico-Técnica será un poderoso instrumento para revertir las relaciones de fuerzas internacionales que venían socavando el predominio de Estados Unidos y el área occidental. La ventaja del petróleo para la URSS en los setenta será, en los ochenta, su talón de Aquiles.

En las nuevas condiciones se produce una reorientación de las estrategias hacia América Latina. El Consenso de Washington —acuerdo entre los partidos Demócrata y Republicano con el objeto de impulsar determinadas políticas de Estado— evalúa el peligro de las dictaduras en función de los intereses norteamericanos. Nicaragua e Irán mostrarían que, antes o después, esas dictaduras generan una oposición capaz de derrocarlas y cuestionan también el apoyo estadounidense. Poco más tarde, la Guerra de Malvinas indica el peligro adicional de ciertas iniciativas militares para sus equilibrios geopolíticos. Desde mediados del ochenta una nueva ola sincrónica, ahora de democracias controladas, se

extiende por el continente. En 1981 el presidente Ronald Reagan marca como objetivo recuperar la supremacía absoluta de Estados Unidos a partir de tres ejes de acción orientados a reforzar la restauración conservadora. Sustentado en el monopolio de tecnologías de punta el primer eje plantea una nueva etapa de Guerra Fría, y el lanzamiento de la Guerra de las Galaxias contra la URSS: uno de los factores determinantes de la desintegración del poderío soviético en 1989. A la vez se intentará frenar el avance de Japón en el mercado mundial por medio de una reconversión tecnológica en gran escala de todos los sectores de actividad. Finalmente, la teoría neoliberal marca un giro extremo respecto del keynesianismo, en especial con referencia a los salarios. Para Keynes, el crecimiento económico y la ganancia empresaria dependían de la demanda agregada (inversión más consumo), por lo tanto el salario constituía un elemento dinamizador, ya fuera el salario directo o el indirecto brindado por los Estados de Bienestar. El neoliberalismo enfatiza el papel de la oferta, la capacidad empresaria para brindar productos o servicios al menor costo posible y, en tanto el salario es considerado un costo de producción, cuanto más bajo mejor. Desde esta perspectiva la eliminación de los derechos sociales y los Estados de Bienestar, la precarización, la desocupación y la pobreza –que tienden a bajar los salarios–, son objetivos intrínsecos y no efectos colaterales no deseados. Al mismo tiempo se favorece a los grandes bancos y corporaciones, definidos como protagonistas principales, mediante una reducción impositiva y un cambio en el papel del Estado, que debe garantizar los máximos beneficios empresarios y, en Estados Unidos, la producción armamentista y espacial.

Los cuantiosos montos demandados por esta estrategia convierten a la economía norteamericana en un polo de atracción de capitales financieros, y en 1981 la Reserva Federal incrementa las tasas de interés: su contracara será la crisis de la deuda externa de América Latina y el Tercer Mundo, e incluso de países socialistas como Polonia o Hungría. La debilidad de estas naciones por el peso del endeudamiento fortalece la capacidad del FMI y el Banco Mundial para imponerles mecanismos de despojo de recursos sociales y públicos. La disgregación política y social como secuela de las dictaduras, y más tarde los golpes hiperinflacionarios o la desocupación permitirían en el continente, como raras veces en su historia, implementar mediante regímenes democráticos estra-

tegias económicas de altos costos sociales y nacionales. Desde entonces, la dinámica política exhibe comportamientos erráticos, con sucesivos surgimientos y licuación de los consensos: Sarney, Collor de Melo y Fernando Henrique Cardoso en Brasil; Alan García, Fujimori o Toledo en Perú; Bucaram, Mahuad y Gutiérrez en Ecuador; Carlos Andrés Pérez y los partidos mayoritarios en Venezuela; Alfonsín, Menem y De la Rúa en Argentina; Salinas de Gortari y el PRI en México son algunos ejemplos. La sutilmente denominada *década perdida* de los ochenta es consecuencia de esas políticas, y la especulación financiera de los noventa, transformados estos países en *emergentes y privatizados* –propiedad privada de corporaciones económico-financieras– desembocaría en la catástrofe argentina que anunciaban las crisis en México, Corea, Malasia, Tailandia, Singapur, Indonesia o Rusia. Pero la recesión comenzará a afectar también a Japón y a Estados Unidos: las crisis se manifiestan como debacles financieras cuando en realidad se trata de crisis de sobreproducción.

Transcurridas dos décadas, los proyectos neoliberales evidencian su irracionalidad y anacronismo ante las condiciones creadas por la Revolución Científico-Técnica que impulsaran esos mismos centros de poder. En un efecto *boomerang*, los impactos y potencialidades de las tecnologías avanzadas los vuelven inviables en el mediano y largo plazo –y es posible pensar si también no vuelven inviable al propio capitalismo tardío– tanto por razones intrínsecas, como por los requisitos del recurso *conocimiento*. La aguda polarización de la riqueza –el sector más rico de la población, veinte por ciento, concentra ochenta y siete por ciento de los ingresos en el mundo– ha generado una seria restricción de los mercados, al tiempo que aumenta la productividad por la utilización de esas tecnologías en los tres principales centros capitalistas: Estados Unidos, Japón y la Unión Europea. Esta es la clave de la crisis de sobreproducción con otra de sus manifestaciones en el descontrolado crecimiento del sector financiero y la especulación, donde los casos de Enron o la Baring Brothers son la punta del *iceberg* del fenómeno. A su vez, se ha impuesto una reconversión tecnológica salvaje que tiende a expulsar trabajadores y, al combinarse con la concentración y polarización de la riqueza, está gestando una inmensa masa de *población excedente absoluta*, supernumeraria y descartable en la óptica de los intereses hegemónicos: no sirven como mano de obra barata; ni como product-

res de materias primas, con baja demanda por los nuevos materiales; ni mucho menos como consumidores. No son pobres, se trata de excluidos, de pobreza sin salida, de seres humanos sin lugar en este mundo. En la dinámica neoliberal esta masa de hombres y mujeres sobrantes está en peores condiciones que los esclavos, los siervos de la gleba o los proletarios de Marx. Porque para obtener lucro de estas tres grandes categorías de explotados se requería mantenerlos mínimamente vivos, mínimamente sanos y mínimamente alimentados. Cuando es población sobrante lo mejor para los grupos privilegiados es que desaparezcan, exterminarlos, como se hiciera con los pueblos nativos en Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda o Argentina con el fin de enviar a esos territorios la población sobrante europea, gestada por la reconversión liberal salvaje de la Revolución Industrial desde mediados del XIX. Si entre 1845 y 1945 puede calcularse que Europa elimina bajo una u otra forma –emigración o guerras– unos seiscientos millones de personas, en la actualidad la población sobrante a nivel mundial generada en no más de tres décadas serían tres millones y medio de habitantes.

Hoy se pretende una vez más –implícita o explícitamente– que una parte minoritaria de la humanidad es verdaderamente humana y el resto son menos que humanos, pero más peligrosos. Se ha llegado a una situación explosiva porque entre los pobres se producen noventa y ocho por ciento de los nacimientos en el mundo y, de proseguir estas tendencias, en unos diez a quince años ese veinte por ciento más rico concentrará el noventa por ciento de la riqueza mientras cerca de setenta por ciento sería población sobrante, empujada a conductas de desesperación: delitos, drogas, desintegración familiar, violencia, migraciones hacia los centros ricos. La realidad indica que frente a una pretendida *globalización* lo que se vive en los territorios es un proceso de *feudalización*, porque deben construirse murallas como defensa ante los *nuevos bárbaros*; murallas en sentido oeste-este o norte-sur en Europa y Estados Unidos. Se produce además una *feudalización* de las ciudades, tanto en las del norte como en las del sur, en relación ricos-pobres: es posible apreciar este panorama en Nueva York o en París, en Buenos Aires, Lima, México o San Pablo. Si los sectores dominantes pretenden continuar profundizando las tendencias de concentración de la riqueza y exclusión social, en no más de una década las sociedades van a dejar de ser vivibles aun para

los privilegiados más allá de la altura de sus muros feudales, porque los *nuevos bárbaros* van a traspasar las murallas. El propio Bill Clinton, en las postrimerías de su mandato, declaró que “*la pobreza mundial es un polvorín que podría estallar por nuestra indiferencia*”. Con su conocida sutileza, George Bush obsequió al presidente Néstor Kirchner un ejemplar de la obra de Thomas Malthus, *Principios de Economía Política*, en edición de 1836.

Las ramas más dinámicas del mercado mundial son las *conocimiento-intensivas* y se tiende a superar la histórica división entre trabajo manual e intelectual ya que, en no más de diez años, noventa y cinco por ciento de las tareas normales de una sociedad van a requerir una formación básica equivalente al secundario completo, mientras el esfuerzo físico en lo laboral se reducirá a una actividad marginal. El *conocimiento* como recurso estratégico –que supone educación, información, capacidad innovativa, creatividad y articulación entre distintos tipos de saberes científico-técnicos y sociales– es el equivalente a la industria pesada o al petróleo en la Revolución Industrial. A su vez, los nuevos paradigmas tecnológicos requieren setenta y cinco por ciento menos de tiempo de trabajo humano, pero se trata de tiempo de trabajo y no de personas, lo cual conlleva decisiones civilizatorias al plantear dos opciones polares: el tiempo humano de trabajo puede reducirse desplazando a setenta y cinco por ciento de los trabajadores o, mediante una disminución en gran escala de la jornada laboral –donde se cambia tiempo por calidad del trabajo– acompañada de diversos mecanismos de redistribución de la riqueza. La etapa de oro del capitalismo y del socialismo –desde la posguerra hasta la crisis de los setenta–, coincidió con la reducción masiva de la jornada laboral desde las setenta y dos horas semanales a principios del XX a cuarenta: una reducción de cuarenta y cinco por ciento. En consecuencia, la posibilidad de bajar significativamente la jornada de trabajo no es irrealizable. La inviabilidad de la concepción neoliberal en el mediano plazo se deriva además por ser disfuncional, en términos técnico-económicos, dadas las características del *conocimiento*.

A diferencia de los recursos estratégicos y las formas de organización de los procesos de trabajo de la Revolución Industrial, con tendencia a la concentración –industria pesada, petróleo, economías de escala– este recurso adquiere sus potencialidades al estar distribuido en el conjunto de la sociedad. Si únicamente es

patrimonio de una elite no sirve: cuando noventa y cinco por ciento de las tareas requieren una formación básica equivalente al secundario completo la economía no puede funcionar con una población que carezca de ese nivel, y la redistribución de los saberes supone una redistribución del poder social. Por otra parte, las principales fuentes de incorporación, procesamiento, producción, reproducción y distribución de este recurso también son democratizantes. La primera es un sistema educativo primario y secundario de alta calidad para toda la población: además de un derecho social es un factor estructural indispensable y requiere inversiones públicas similares a las que en otros momentos se realizarán en carreteras, ferrocarriles o represas hidroeléctricas. La segunda fuente conlleva una recalificación laboral de amplio alcance, para garantizar un acceso directo o indirecto a la operación de las tecnologías. Esto supone nuevas formas de organización laboral y la conformación de equipos de trabajo basados en la cooperación, la solidaridad, el pensamiento colectivo donde se articulan diversos saberes y, por lo tanto, no es preciso que todos los integrantes dominen esas tecnologías; si alguno del equipo las domina, todo el grupo tiene acceso.

La tercer fuente son las universidades y los sistemas científico-técnicos, en tanto en ellos se procesa el *conocimiento* en su mayor nivel de calidad y en toda la gama de saberes, lo cual obliga a un replanteo profundo de las universidades. El modelo de universidad, sus funciones esenciales, los principales beneficiarios de su actividad, la formación impartida, el tipo de conocimiento que se transmite, la orientación de las investigaciones y otros aspectos que definen sus grandes lineamientos están estrechamente relacionados con el modelo político, socioeconómico y cultural predominante en un período dado. A modo de ejemplo, en nuestro país se ha conformado un modelo socioeconómico que puede denominarse *Argentina privada*: por una parte quince por ciento de población privilegiada, con educación privada, universidades privadas, salud privada, seguridad social privada, espacios de recreación privados, seguridad policial privada, televisión codificada privada, teléfonos privados y así sucesivamente, utilizando el término privado en sentido de apropiación. Por otra, ochenta y cinco por ciento restante se encuentra crecientemente privada de educación, privada de salud, privada de seguridad social, privada de vivienda, privada de trabajo, privada de teléfono, privada

de espacios de recreación, en su sentido de privación o carencia. El modelo de Universidad que se pretende imponer se evidencia a partir de datos simples: si el proyecto político y socioeconómico se propone cubrir el déficit de más de tres millones de viviendas entre los sectores carenciados, si se considera un derecho social conservar la dentadura o recibir atención médica seria, si va a desarrollarse la producción industrial, si se han de satisfacer las múltiples demandas sociales, entonces deben formarse arquitectos, médicos, odontólogos, ingenieros, biólogos, físicos, sociólogos, antropólogos, comunicadores y demás disciplinas duras o blandas. Pero si solamente habrán de construirse *shoppings, countries* y viviendas de lujo, si se niegan derechos humanos y sociales a ese ochenta y cinco por ciento de argentinos o continúa la desindustrialización también sobran universitarios como *población excedente ilustrada*, y debe restringirse el acceso a las universidades eliminando gastos superfluos con sucesivos ajustes.

Las sociedades que no cuenten con estas tres fuentes del recurso *conocimiento*, como base indispensable para el diseño de modelos productivos y de servicios basados en tecnología de avanzada, están condenadas a sufrir procesos de grave regresividad histórica al quedar como productores de carretas y diligencias o velas de sebo. El *conocimiento-intensivo* implica dos aspectos: *conocimiento* materializado en instrumentos como computadoras, telecomunicaciones, robots o satélites y el *conocimiento* de quien opera ese instrumental, donde lo decisivo es el operador. Se ha dicho muchas veces que las computadoras, las redes, internet o los bancos de datos facilitan el proceso de escritura pero no forman un escritor. La mentalidad del escritor se va formando en espacios y dinámicas extra-tecnológicas y remite a la problemática más amplia de la educación, las universidades, las nuevas formas de organización del trabajo, la creatividad, el intercambio de saberes, la cooperación, las tareas en equipo, el mutuo enriquecimiento entre el pensar colectivo y la producción personal. El egoísmo, la competencia sin reglas, la búsqueda exclusiva del interés individual, la concentración de la riqueza –la filosofía de vida del neoliberalismo– son anacrónicos para este *conocimiento*, así como su orientación económica es irracional. Porque al degradar los sistemas educativos, al impedir la calificación de los trabajadores por el desempleo y la precarización, al acosar a las universidades y a los sistemas científico-técnicos están eliminando los recursos im-

prescindibles para desplegar los potenciales de la Revolución Científico-Técnica. A semejanza de lo ocurrido con la Revolución Industrial –cuando la libertad y la igualdad eran *también* requisitos técnico-económicos–, en la actualidad los valores de esa ética solidaria más amplia e inclusiva que surgieran con la Revolución del Tercer Mundo constituyen los requisitos técnico-económicos de la Revolución del Conocimiento. Porque no es posible democratizar una educación de calidad, una recalificación de amplio alcance de la mano de obra o el ingreso a las universidades y a los sistemas científico-técnicos sin democratizar los otros espacios de la vida social: la salud, la distribución del ingreso, los derechos humanos ampliados, el bienestar general. Democratización integral de las sociedades –política, socioeconómica y cultural– como condición para afrontar los retos de la nueva edad, neutralizando la amenaza de una regresión histórica e inéditas formas de desintegración social. Un concepto distinto de democracia, cuyos rasgos fueran esbozados por las vertientes populares en la etapa de la independencia.

En esta trama se sitúa el tema de la *globalización*. Debe diferenciarse entre la globalización técnica –básicamente la posibilidad de comunicación en tiempo real a escala planetaria– y la globalización neoliberal que hemos sufrido en América Latina. En realidad, para nuestras naciones, la *globalización* significó –con matices en cada una de ellas– la apropiación de los esquemas productivos, los servicios, las finanzas, los recursos naturales, la comercialización interna e internacional, las comunicaciones y la información por parte de grupos económico-financieros locales y externos guiados por exclusivos fines de lucro, ganancias extraordinarias y especulación, sin ningún tipo de responsabilidad acerca de las consecuencias sociales o la estabilidad de los países donde actúan. Un breve recorrido por distintas regiones del mundo permitiría apreciar que la *globalización*, tal como nosotros la conocemos, no se ha dado en todas partes. China sólo permite hasta diez por ciento de inversiones extranjeras en distintas áreas de su economía y con un estricto control sobre esos capitales externos, noventa por ciento de su PBI es de carácter público y ha sido el lugar de mayor y más sostenido crecimiento económico durante las tres últimas décadas. Japón acepta escasamente cinco por ciento de inversiones extranjeras y, si bien tiene abiertos sus mercados a todo aquél que pretenda venderle automotores o productos elec-

trónicos, en los sectores donde no es competitivo –la bioingeniería o la producción agrícola– adopta un fuerte proteccionismo: el arancel para el arroz es de setecientos por ciento, y para las frutas de mil por ciento. La Unión Europea permite hasta catorce por ciento de automotores que no sean europeos, cincuenta y uno por ciento del espacio audiovisual debe ser de ese origen y es conocida su protección del sector agropecuario. Alrededor de cincuenta por ciento del PBI alemán y de cuarenta y cinco del de Francia son de origen estatal, sean empresas públicas nacionales o diferentes emprendimientos mixtos europeos.

Finalmente, es necesario preguntarse si estamos ante un mundo unipolar en el que la hegemonía de Estados Unidos se fortalece como única superpotencia, o se está esbozando un escenario policentrista, con nuevos centros de extensión continental. China y Japón en el área asiática se van afirmando como un polo que –al margen de los conflictos históricos y las rivalidades que signan sus relaciones– se aleja de la hegemonía norteamericana. La Unión Europea conforma otro gran polo donde el euro como moneda que compite con el dólar, o la posición de Alemania y Francia ante la guerra de Irak en 2003, son símbolos recientes de una autonomía impensable en los años sesenta y setenta. Rusia parece acercarse al polo europeo; a esa Europa desde el Atlántico a los Urales concebida por los más disímiles proyectos en el siglo XIX: Napoleón cuando invade desde Portugal hasta Rusia y Marx con el internacionalismo proletario, así como en el XX Hitler pretende dominar desde Portugal hasta Rusia mediante conquistas o alianzas con gobiernos afines. A pesar de su debilidad luego de la caída del Muro de Berlín y la desarticulación de la URSS, Rusia puede jugar un papel sustantivo en la conformación del nuevo equilibrio de poder internacional. El mundo islámico, con su complejidad y sus contradicciones, no parece dispuesto a someterse a la supremacía de Estados Unidos; la guerra de Irak, sumada al conflicto en Palestina, le ha quitado consenso y se profundiza el rechazo hacia Occidente en un proceso de revitalización de su antiguo esplendor civilizatorio: los grupos terroristas musulmanes son una ínfima minoría y en la recuperación de sus raíces para afrontar la modernización participan miles de científicos, profesionales, filósofos y artistas. África continúa desgarrada por su historia de tragedias y es difícil saber hacia dónde orienta su futuro. En América Latina vuelven a plantearse las alternativas del XIX: la

Doctrina Monroe o el proyecto de Bolívar y San Martín. Conviene recordar las proféticas palabras de Bolívar en esa época: "*La América del Norte parece destinada por la Providencia a sembrar de miserias a la América del Sur, en nombre de la libertad*". En todo caso, debe relativizarse esa noción que habla de una única y omnipotente superpotencia mundial.

El nuevo policentrismo se conjuga con una crisis de la cultura dominante de Occidente y el resurgimiento de culturas milenarias, las que durante cinco siglos fueron sometidas a las potencias occidentales y consideradas manifestaciones del atraso o la barbarie. En una gran paradoja, los germanos –alamanes, francos, anglos, sajones, ostrogodos, visigodos, vándalos y otros– han sido las hordas más devastadoras y las que más tiempo tardaron en incorporar elementos de un saber elaborado, de una reflexión metódica y de expresiones artísticas de mayor refinamiento, entre las principales oleadas de invasiones producidas en la historia de la humanidad desde el VI aC. En los diez siglos que separan la caída de Roma en el V de las primeras manifestaciones del *cuatrocientos* –con sus comienzos en el XIII, cuando franciscanos y dominicos se inician en el estudio de los clásicos griegos introducidos por los filósofos musulmanes y judíos del Califato de Córdoba–, Europa occidental estuvo sumida en un mundo de tinieblas y violencia. Por el contrario, con la condena que merecen tales procesos, otros invasores –los islámicos, los turco-mongoles, los incas o aztecas– tendieron a reconocer el valor de las culturas conquistadas y en no más de dos generaciones lograron desplegar brillantes movimientos civilizatorios. Entre los siglos VII y XV los musulmanes desarrollaron una importante cultura, en tanto –luego de los primeros años que siguen a la muerte de Mahoma, signados por el sectarismo y los conflictos internos cuando en el 638 es finalmente destruida la biblioteca de Alejandría– sus formas de dominio valoraron los saberes de los pueblos sometidos y de aquellos con los cuales comerciaban. Eso les permitió incorporar aportes hindúes, chinos, griegos, persas o egipcios, y en los siglos IX, X y XI las universidades islámicas –con diez mil a quince mil alumnos– enseñaban matemáticas y cálculos algebraicos, medicina, óptica, filosofía, astronomía y otras ciencias. Cuando los musulmanes toman Jerusalén en el VII, convocan al patriarca cristiano y al rabino judío y los reconocen como *Pueblos del Libro*, de quienes se consideran sucesores. Respetan entonces sus templos y sus

creencias y durante cuatro siglos conviven en armonía, una armonía que entre judíos e islámicos se extiende a lo largo de trece siglos hasta el fin de la Segunda Guerra a mediados del XX. En contraste, al llegar los europeos con la primer cruzada en el XI degüellan a los sesenta mil habitantes de esa ciudad: cristianos ortodoxos, judíos y musulmanes. En 1204, la cuarta cruzada incendia Constantinopla.

Los tártaros-mongoles de Gengis Kan –esos rudos guerreros de las estepas– al conquistar China convocaron a maestros de esa cultura para la educación de sus hijos, y el nieto de Gengis Kan fue el emperador Kubilai que en el siglo XIII deslumbró a Marco Polo por su refinamiento y formación intelectual. Las civilizaciones americanas precolombinas, ya fueran estratificadas como las incaica y azteca o igualitaristas como las guaraní o mapuche, se caracterizaron por dos rasgos esenciales: eran sociedades de amparo, que garantizaban el bienestar de todos sus miembros –en la mayoría de esas lenguas no existía la palabra *pobre*– y al mismo tiempo mantenían una relación cuidadosa con la naturaleza, estableciendo inteligentes equilibrios ecológico-sociales de modo tal que en América no existieron hambrunas y pestes como las que azotaron a Europa en el XIV. Los imperios incaico y azteca asombrarían a los primeros españoles, antes de ser engegucidos por el oro que los llevara a la devastación y al genocidio: los relatos de Bartolomé de las Casas sobre la destrucción de Las Indias en el XVI muestran una crispante similitud con la de Jerusalén en el XI. En la actualidad esas áreas donde habitan más de dos tercios de la población mundial, donde entre los siglos V y XVI se desarrollaron refinadas culturas, vuelven a ocupar un lugar del cual fueran desplazadas por Occidente y más tarde también por Japón.

Menospreciadas por la civilización occidental en función de las sucesivas ideas dominantes en las metrópolis que detentaron el poder desde el XVI, iban a ser situadas en la herejía, el salvajismo, el atraso, la barbarie, el folklore y, en todos los casos, a esas poblaciones se les niega su condición humana compartiendo la suerte del etnocidio y la depredación de sus patrimonios culturales, de su filosofía de vida. Serán objeto de estudio de las nacientes ciencias antropológicas en el XIX y objeto de curiosidad incluso para la filosofía ya bien entrado el siglo XX porque, como afirma Castoriadis, "*la historia china o azteca interesan filosóficamente como diversas posibilidades que concretan la ontología de la humanidad. Pero*

la historia occidental interesa políticamente y conserva pertinencia para el resto del planeta porque es la historia de la libertad, de la libertad socio-histórica efectiva, libertad de hacer y de pensar", en síntesis la historia occidental del *habeas corpus*, de la democracia, de los derechos individuales, de la libertad de pensamiento, de la crítica y la creatividad social. No obstante, detrás de esas formulaciones libertarias de la *cultura universal*, la historia real muestra con una contundencia inapelable las consecuencias que los intereses económicos, financieros, políticos y militares de las potencias de Occidente generaran en esas regiones, fundamentando su accionar en un *destino manifiesto* que las habría convocado para expandir la civilización hacia todas las tierras. En ese largo proceso, no fueron precisamente los valores de la democracia, los derechos humanos y civiles, la justicia social, el *habeas corpus* o el respeto a la autodeterminación de los pueblos los que primaron en la experiencia colonial y neocolonial. La imagen que ha dejado Occidente se vincula más bien con la prepotencia, la sujeción política y económica, las imposiciones militares, la expropiación de los recursos, el hostigamiento a todo gobierno que pretendiera defender la soberanía, una sistemática condena hacia sus identidades culturales y el empobrecimiento de sus pobladores, condenados a sufrir la indigencia como ofrenda a los beneficios de la civilización.

Si el proceso capitalista de *acumulación primitiva* en los siglos XVI a XVIII estuvo manchado de sangre y lodo por el saqueo del oro y la plata en América, la masacre de sus pueblos nativos y la trata de esclavos, posteriormente, con las características particulares de las distintas etapas históricas esa línea de continuidad persistió hasta fechas tan cercanas del siglo XX como las guerras de Indochina y Argelia, en los años cincuenta y sesenta, la de Vietnam hasta comienzos de los setenta o la ola de dictaduras militares hasta los ochenta en América Latina. No son estas acciones las que otorgan a Occidente autoridad moral frente a las naciones del Tercer Mundo para obtener de ellas un consenso en las aspiraciones de recomponer su predominio. Una vez más intentan definir sus intereses como siendo los de la comunidad mundial, procurando configurar un renovado esquema de centros y periferias —ahora llamado *globalización*— en el que nuevamente se elude que los costos y beneficios nunca fueron equitativos para las periferias y los centros. Frente a la pretendida superioridad de la *cultura universal* y su dilatada tradición depredatoria se va ges-

tando una realidad mundial que expresa lo más rico y característico de lo humano —esa pluralidad de etnias, culturas, lenguas, creencias o expresiones artísticas—, sin negar los aportes que ha realizado o pueda realizar Occidente a un patrimonio verdaderamente universal. Sin embargo, junto a la corrupción, el narcotráfico y las mafias de diverso tipo hoy predomina una ideología que expresa las facetas más pobres de esa cultura: el lucro, el egoísmo individualista, la competencia desleal, la prepotencia con los débiles, el consumismo, la hipocresía, la carencia de sentido solidario, la xenofobia o el racismo como señales de una profunda decadencia espiritual. La guerra en Irak es un ejemplo.

I.3: La desintegración de la sociedad argentina

La dimensión de la catástrofe económica y social de nuestro país nos permite preguntarnos si hemos estado sometidos a una política económica errada, o a un saqueo sin precedentes desde los tiempos de la conquista. Partiendo de esta segunda hipótesis, en el contexto de la estrategia de restauración conservadora impulsada por Estados Unidos a comienzos de los setenta, la dictadura militar de 1976 fue la condición para quebrar —utilizando el terrorismo de Estado— cualquier tipo de resistencia frente a la imposición de un drástico giro en los modos de acumulación y en la polarización de la riqueza: la lucha antiguerrillera en sí misma no requería bajar cuarenta por ciento los salarios durante el primer año, ni hacer desaparecer delegados internos de fábrica sin vinculación con la guerrilla. Desde entonces, y con modalidades propias en cada etapa, se van sucediendo o combinando distintos mecanismos de política económica con el fin de promover un descomunal traslado de recursos públicos y sociales en favor de grupos económico-financieros locales y externos. Entre otros, la forma en que se contrae la deuda externa durante la dictadura —un dictamen del juez Ballestero, por la denuncia de Alejandro Olmos, da cuenta del carácter fraudulento de esa deuda— así como sus refinanciamientos sucesivos con intereses usurarios. La estatización de la deuda privada incluyó transferencias internas de corporaciones y bancos como el Citibank, Bank of Boston, Deutsche Bank, Fiat, Chevrolet o IBM junto a los grupos locales de Macri, Fortabat, Soldati o Pérez Companc. Los veintidós mil millones de dólares privados significaban cerca de treinta por ciento del

PBI de esos años, y si una deuda equivalente se hubiera traspasado a Estados eficientes, como el alemán o el sueco, en momentos en que las tasas de interés subían de cuatro a dieciséis por ciento anual los hubieran hundido en una crisis como la del Estado argentino, potenciando la inflación.

La especulación financiera durante los períodos de inflación fue otro eficiente mecanismo utilizado por esos grupos, favorecidos sistemática y sucesivamente, además, con subsidios a la descentralización industrial y a las exportaciones, la sobrefacturación en los contratos con el Estado y sus empresas y la regresividad del perfil impositivo. En Francia, el Estado recauda en concepto de impuestos a las grandes ganancias y patrimonios cuarenta por ciento más que lo recaudado por consumo: sobre una recaudación del IVA que rondaba los dieciocho mil millones de dólares/pesos, esas empresas hubieran debido pagar unos veintiséis mil millones al año si estuvieran en Francia, pero pagaban seis mil, menos de una cuarta parte, cuando no integraron las listas de los principales evasores. Un subsidio más, de veinte mil millones de pesos/dólares cada año, cuando el presupuesto de todas las universidades nacionales rondaba los mil ochocientos millones. La privatización del patrimonio público —a instancias del Plan Baker y el Plan Brady— fue otro mecanismo por el cual las empresas se entregaron a no más de veinte por ciento de su valor o, como Ferrocarriles Argentinos, valuada en veinticuatro mil millones de dólares y otorgada por trescientos millones. A ello se agregó la garantía de mercados cautivos para los servicios privatizados, con altas tarifas a valor dólar en teléfonos, peajes, combustibles, electricidad y otros: Telefónica y Telecom recibieron en Argentina una rentabilidad tres veces superior al promedio de las diez mayores operadoras telefónicas en el resto del mundo. Las tasas de interés interno durante la Convertibilidad llegaban hasta cincuenta por ciento anual en créditos o tarjetas de consumo, mientras en Estados Unidos no superaban siete por ciento. Estos mínimos ejemplos se conjugaron con una constante disminución salarial y políticas de racionalización y desindustrialización que aumentaron el desempleo y la pobreza, favorecidos por leyes de flexibilización laboral para arrasar con los derechos sociales.

El crecimiento de la economía tuvo cuatro líneas principales durante los años noventa: las altas tarifas de las privatizadas y las tasas de interés leoninas de los bancos brindaron ganancias

extraordinarias; la explotación petrolera y de gas —al descuidar el control de reservas— fue otra fuente de ingentes beneficios; finalmente, aportaron los sectores de la agroindustria, el automotriz y el del acero, los dos últimos protegidos como en las mejores épocas de sustitución de importaciones. Gracias al Plan de Convertibilidad, el “milagro argentino” consistió en una gigantesca succión adicional de recursos sociales y nacionales a valor dólar, que redundaría en un incremento espurio del PBI. Algunas cifras dan cuenta de la devastación producida por la restauración conservadora, iniciada con la dictadura militar y continuada por las políticas del *único camino* al retornar la democracia:

- La deuda externa crece desde siete mil ochocientos millones de dólares en 1975 a ciento setenta mil millones en 2003, en ese período se pagaron aproximadamente doscientos mil millones y se enajenó más del noventa por ciento del patrimonio público. Otros ciento cincuenta mil millones se fugaron del país y se perdió un monto equivalente debido al proteccionismo agrícola en Europa y Estados Unidos, que no estaban *globalizados*.
- El PBI *per cápita* en 2002 era veintitrés por ciento inferior al de 1975. En la misma etapa, China duplicó ese índice, dividiendo su producción por 1.300 millones de habitantes
- El salario real promedio descendió sesenta y cinco por ciento entre los años de referencia.
- La población en condiciones de pobreza creció de siete por ciento en 1970 a cincuenta y seis en 2002, segmento al cual debe agregarse otro veinte por ciento que está inmediatamente por encima de esa línea y diez más que, si bien no se acerca a la pobreza, pertenecía a las clases medias altas y ahora sufren un agudo empobrecimiento: medianos empresarios, ejecutivos, profesionales, técnicos, empleados de alto nivel y sus proveedores.
- La desocupación aumenta desde el histórico tres por ciento entre 1974 y 1975 a quince coma seis en mayo de 2003, pero si se agregan quienes reciben Planes Jefas y Jefes de Hogar llega a veintiuno coma cuatro por ciento; referida a los mismo años la subocupación pasa de dos por ciento a trece coma cuatro y crece la proporción de trabajadores precarios y en negro o con bajísimos salarios.

- En 1975 alrededor de noventa por ciento de la Población Económicamente Activa estaba cubierta por derechos laborales, en la actualidad no más de veinte conserva algunos.
- No se detallan aquí la desnutrición adulta e infantil, las muertes por hambre o enfermedades curables y otras secuelas, la degradación educacional en todos sus niveles, el acoso a los sistemas científico-técnicos, el deterioro de las condiciones de salud, la quiebra de miles de pequeños y medianos productores, la desarticulación de las economías regionales y la crisis de representatividad de los partidos políticos dado que sus bases de sustentación se diluyen cada vez más rápidamente.

En la *Argentina privada* que se va conformando desde la dictadura se produce una desarticulación de las clases sociales tradicionales: los trabajadores se convierten en desocupados-piqueteros, las clases medias en nuevos pobres e incluso una fracción de las medias-altas para sobrevivir se desprende de sus antiguas pertenencias. En contraste, una minoría de nuevos y antiguos grupos económicos, algunos sectores profesionales e importantes fracciones de políticos y sindicalistas, se enriquecen y multiplican sus fortunas principalmente gracias al despojo y la corrupción. Se invierte así la histórica movilidad social ascendente, y los hijos de trabajadores que en la década de los sesenta habían podido acceder a la universidad ahora habitan en precarios asentamientos urbanos. El país de inmigrantes se transformó en expulsor de población, en el *granero del mundo* se sufren hambrunas como no habían ocurrido desde que estas tierras fueran pobladas varios milenios antes de Cristo, comparada con el presente la *Década Infame* fue un juego de niños en términos de represión y sufrimiento social. Crece la violencia delictiva en proporciones desconocidas, en parte debido a la pobreza y, en otra parte mucho mayor a la corrupción policial y al surgimiento de mafias en numerosas actividades.

A fin de imponer sus intereses la estrategia de los grupos de poder fue desmembrar la *potestad soberana* del Estado; ya no solamente al Estado de Bienestar y al Estado Empresario sino al Estado como tal. La *potestad soberana* supone la capacidad estatal autónoma para definir sus políticas y garantizar la gobernabilidad, con el objetivo de hacer cumplir la *voluntad soberana* del pueblo,

que es la democracia. El Estado adquiere esa *potestad* sobre la base de tres pilares: el económico, el judicial y el de las fuerzas armadas y de seguridad, al margen de la orientación de sus políticas. La autonomía económica conlleva la posibilidad de recaudar recursos – impuestos, derechos aduaneros, rentas de sus empresas y similares–, definir el gasto público, controlar la moneda y establecer los lineamientos de su política en este campo: en Argentina eso no lo hace el Estado sino el FMI y el Banco Mundial. El segundo pilar es una justicia independiente, honesta, eficiente, dispuesta a hacer cumplir las leyes y penar su incumplimiento en función de las decisiones legislativas tomadas por los representantes del pueblo: desde la Corte Suprema hacia abajo, con honrosas excepciones, esa justicia no caracterizó al país de la últimas décadas. Finalmente, fuerzas armadas y de seguridad democráticas, transparentes, sometidas a la voluntad soberana del pueblo: *La Bonaerense* y otras policías no responden al perfil y las fuerzas armadas plantean serios interrogantes. El desmembramiento de la *potestad soberana* deja instituciones estatales débiles, que responden mansamente a los dictados de las corporaciones económico-financieras y sus representantes pero son incapaces de dar respuesta a las demandas de la sociedad.

Si bien en Argentina existieron históricamente casos de corrupción lo nuevo que se va gestando es una *estructura de corrupción*, donde se articulan los grupos económico-financieros locales y externos con dirigentes y cuadros políticos y sindicales que ocupan el Poder Ejecutivo y el Poder legislativo, infiltrando el Poder Judicial. Esta estructura se complementa con el control oligopólico de los principales medios de comunicación y con la concomitante corrupción policial, reproduciéndose con rasgos propios en las distintas provincias. Para poder subsistir en su cúpula la *estructura de corrupción* requiere penetrar capilarmente en los estamentos más bajos, por medio de prebendas o clientelismos, infectando a importantes segmentos institucionales y sociales, todo ello respaldado por una impunidad que permite la exhibición obscena de riquezas malhabidas y una creciente audacia en las conductas delictivas. El fenómeno se enmarca en una hegemonía ideológica, alimentada por el discurso monocorde del *único camino* y formas de terrorismo económico que plantean graves amenazas si se desoyen las imposiciones de los grupos de poder y sus representantes: el FMI y el Banco Mundial decían en 1985 que el

no pago de la deuda externa o la no estatización de la privada significarían perder los aviones de Aerolíneas Argentinas y los barcos de la Flota Mercante del Estado. La supremacía ideológica neoliberal iba a penetrar además los ámbitos académicos, y se fortalece con influencias teóricas que reformulan anteriores miradas críticas neutralizando el papel de estas instituciones durante largo tiempo.

En una sociedad agredida y atomizada por la represión, por golpes hiperinflacionarios e inéditos índices de desempleo y precarización –que destruyen los lugares tradicionales de debate–, el mensaje de los medios cobra especial relevancia. A ello se suman instrumentos de una *ingeniería social* que hacen de la desocupación y las propuestas de salida individual modos de disciplina- miento y aceptación de políticas –como las privatizaciones–, ofreciendo indemnizaciones o retiros voluntarios a cambio de silencio y pasividad de los trabajadores junto con tributos al ingreso personal de los dirigentes. En nombre de la modernización y el posibilismo las fuerzas políticas tradicionales y las alternativas que surgen en esos años, al llegar al gobierno reiteran un accionar en favor del poder económico-financiero que desconoce las demandas y expectativas de sus votantes. Al igual que en otros países del continente durante casi dos décadas se reiteran en Argentina conductas electorales erráticas y sucesivas decepciones que, en un proceso de saturación que estalla el 19 y 20 de diciembre de 2001, transparentan la magnitud del deterioro nacional y social.

II: Crisis de las Ciencias Sociales y Humanas

II.1: La taylorización del conocimiento social

Mientras se despliegan estas transformaciones en el *objeto de estudio* –con un carácter invasor que afecta las más diversas áreas de las sociedades y de la dinámica internacional–, las Ciencias Sociales agudizan la segmentación y parcialización de los conocimientos y las modalidades de abordaje de sus análisis: una *taylorización* de los saberes que neutraliza la capacidad de enmarcar los diferentes problemas dentro del contexto en el cual adquieren su sentido más ajustado. Se procesan así miradas economicistas de lo económico, comunicacionistas de las comunicaciones, sociologistas de los procesos sociales e institucionalistas de la

política, sin establecer las complejas relaciones que entrelazan los fenómenos económicos, sociales, políticos, culturales, comunicativos o educacionales como aspectos que se influyen mutuamente y permiten dar cuenta, con mayor fundamento, del tema específico en estudio. Bajo el supuesto de un estatuto científico propio de cada una de estas disciplinas, la Sociología se diferencia de la Historia y de la Antropología, la Filosofía se distancia de los procesos históricos y sociales, la Ciencia Política cobra una autonomía más que relativa frente a lo económico, lo social, lo histórico, lo filosófico y lo cultural, y así con las Ciencias de la Educación u otras disciplinas. Se gesta de esta manera un pensamiento *experto*: un conocimiento acumulativo, detallista y en profundidad de determinado problema, pero al mismo tiempo segmentado e incapaz de comprender el proceso de cambios invasores, que penetra todas las esferas y condiciona marcadamente sus propias problemáticas.

Un ejemplo paradigmático es el *ceteris paribus* de las corrientes más reconocidas en las Ciencias Económicas; una ciencia supuestamente desvinculada de la política, la cultura, las relaciones de poder, los fenómenos sociales, la historia, las comunicaciones, la filosofía o la epistemología. Luego de plantear el supuesto del *ceteris paribus* –mediante el cual esos factores extra económicos quedan congelados y fuera de estudio– comienza la verdadera ciencia, idónea para explicar a través de cálculos matemáticos y coordenadas cartesianas, cómo la oferta se corta con la demanda, cómo se determinan los precios marginales o las ganancias y otros problemas. Pero sucede que –como en nuestro país puede observarse cualquiera con sentido común– la explicación real de la orientación económica se encuentra, precisamente, en las relaciones de poder, en la política, en los procesos sociales y en los valores culturales; en todo aquello englobado en el *ceteris paribus* que las Ciencias Económicas pretenden ignorar. El auge de las Políticas Sociales –focalizadas o no– y del fenómeno de la pobreza en la Sociología de los años ochenta y noventa es otro ejemplo. Múltiples trabajos y consultorías analizaron las virtudes o defectos de la focalización, los nuevos pobres, los microemprendimientos, las estrategias de supervivencia y similares. No obstante, pocos de esos estudios plantean que las Políticas Sociales tienen sentido cuando diez o quince por ciento de la población se encuentra en situación crítica, pero si la pobreza llega a afectar a casi sesenta por ciento y

las estrategias económicas inciden negativamente en casi totalidad –según cifras oficiales en Argentina–, entonces es preciso ahondar en las complejas causas de ese fenómeno y pensar un nuevo modelo integral de sociedad: algo imposible para un *experto*.

La tradicional segmentación de las Ciencias Sociales y las Humanidades se exacerba en las dos últimas décadas dado el predominio alcanzado por la filosofía neoliberal, el posmodernismo, el posmarxismo o las teorías de la modernización con sus críticas a los “grandes relatos”, afirmaciones acerca del “descenramiento del sujeto” o sobre “el fin de las ideologías” –cuando las dos matrices de la ideología liberal, la filosofía jurídico-política y el liberalismo económico remozado, alcanzaban una hegemonía inédita–, y el cuestionamiento a todo abordaje integrador de los problemas bajo el estigma del autoritarismo inmerso en las visiones totalizantes. En términos de Khun, las disciplinas se desarrollaron como *ciencia normal*, sin cuestionarse los *paradigmas* desde los cuales procesaban sus análisis. Una tendencia reforzada en las universidades bajo las presiones del Banco Mundial –cuyo *paradigma* comprende esas dos grandes matrices del pensamiento liberal, con sus vertientes o actualizaciones– porque debía evitarse la crítica a *ese paradigma*. La parcialización de los conocimientos y las investigaciones llevó a que determinados conceptos fueran tomados acríticamente, como algo dado: el tema de la *globalización* con su correlato del *único camino* es elocuente. Así la globalización de la economía y las finanzas es tema de los economistas, la globalización de las comunicaciones y la información pertenece a los comunicólogos, las secuelas sociales de la globalización y el *único camino* es problema de los sociólogos, la crisis de representatividad de los partidos políticos debe ser abordada por los politicólogos, la degradación educativa y la repitencia o deserción escolar aluden a las Ciencias de la Educación, y se descalifica cualquier enfoque de carácter abarcador que pretenda vincular esos problemas entre sí. Parcialización del saber anacrónica y estéril, ante las formas del *conocimiento* de los nuevos tiempos.

II.2: Acerca del conocimiento estratégico

La estrecha relación entre las corrientes teóricas y determinados proyectos orgánicos, en distintas etapas de la historia, ha

sido señalada por diversos autores reconocidos en estas disciplinas. Con referencia a la historia, José Luis Romero dice: “La historia social debe hacer el esfuerzo de llevar sus temas al campo de la más estricta objetividad. Este esfuerzo, por cierto no es fácil (...) La cuestión del enfrentamiento entre los grupos blancos y los grupos de indígenas, negros, mestizos, etc. ha asumido caracteres de problema decisivo en distintas épocas y en diferentes países (...) Ha condicionado el estudio de los problemas de la historia social, puesto que, en la medida en que son problemas vivos que han originado actos de poder, se insertan inevitablemente en el cuadro de la historia política y responden en sus planteos a las incitaciones de la política misma.” (José Luis Romero: Latinoamérica: situaciones e ideologías. Ediciones del Candil. Buenos Aires. 1987.)

Este señalamiento es extensible al conjunto de las teorías y esquemas conceptuales o metodológicos de las ciencias sociales y la filosofía. Como afirma Arturo Roig:

“Las filosofías de la historia, en particular las que produjo el siglo XIX, pueden ser consideradas como discursos políticos abiertamente intencionados, en los que se ha planteado como objeto señalar el camino que se debía recorrer, como asimismo los escollos que se debían evitar para que las potencias europeas pudieran cumplir con un destino al cual se sentían convocadas dentro del vasto proceso de dominación del globo iniciado con el Renacimiento. De este modo puede afirmarse que la filosofía de la historia acabó constituyéndose, en una de sus líneas de desarrollo, sin duda la de mayor volumen, en un modo de ‘filosofía imperial’ que se ocupó tanto de los eventuales motivos de decadencia que había que evitar, como de las formas mediante las cuales la humanidad europea y dentro de ella una burguesía ya segura de sí misma, había de asumir de modo definitivo el destino de toda humanidad posible.” (Arturo Roig: Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano. Fondo de Cultura Económica. México. 1981.)

La conexión existente entre ciencias humanas y política en su sentido más amplio, entre las vertientes académicas y los proyectos que se formulan para afrontar etapas clave de la historia similares a la actual –más allá del grado de articulación alcanzado por cada uno de ellos en un momento dado–, atraviesan el propio concepto de ciencia y sus postulados epistemológicos:

“Las crisis deshicieron las seguridades tan laboriosamente conquistadas (...) Desde hace varias décadas experiencias de las

más variadas erosionarían progresiva e implacablemente las nociones epistemológicas más preciadas heredadas del siglo pasado –cuna del proyecto científico moderno– entre las cuales desollarían las de objetividad, neutralidad valorativa, causalidad lineal, verdad transhistórica, etc. Si aquí importa echar alguna luz sobre la crisis epistemológica, es porque la puesta en cuestión de estas categorías basales del pensamiento científico y de la epistemología moderna es indisociable de la crisis del proyecto de la modernidad.” (Alejandro Piscitelli: “Posmodernidad e identidad latinoamericana” en *Cuadernos de la Comuna* N° 10. Municipalidad de Puerto San Martín. Santa Fe. 1991.)

Tomando esta perspectiva, es posible analizar las propuestas teóricas de Thomas Hobbes, John Locke o Adam Smith en los respectivos contextos históricos y en el marco de las problemáticas planteadas en Inglaterra en momentos cruciales, cuando se elabora el pensamiento de estos autores. La ciencia en Carlos Marx –que sintetiza críticamente los aportes de la filosofía, la historia, la política y la economía formulados por los intelectuales orgánicos del ascenso burgués europeo– constituye el sustento teórico de un proyecto que intenta develar el horizonte del naciente proletariado, elegido para forjar la verdadera historia humana. Con las características de los diferentes tiempos y lugares históricos este objetivo fundamenta los aportes de Lenin, Rosa Luxemburgo o Antonio Gramsci. El debate sobre el futuro de Alemania en las décadas comprendidas entre 1890 y 1920 es alimentado por todas y cada una de las categorías aparentemente formales y neutralmente valorativas de Max Weber; en tanto, la búsqueda de nuevas formas de equilibrio e integración social para encauzar la vertiginosa historia de Francia en los cien años que siguen a la Revolución signan las formulaciones teóricas de Emile Durkheim. Tales condicionamientos políticos, que pueden detectarse en los más diversos autores y teorías de las ciencias humanas, no se refieren solamente al *contexto de descubrimiento* ni se ligan con aspectos parciales de la sociología del conocimiento o de una historia social de las ideas. La definición y concatenación misma de las categorías conceptuales, y aún las afirmaciones acerca de qué es la ciencia social –las diferencias al respecto entre Adam Smith, Weber y Marx, son especialmente significativas–, están impregnadas por valores y objetivos políticos globales, influyendo desde sus ópticas particulares en los procesos históricos de los cuales se nutren.

Para analizar de este modo las corrientes del pensamiento académico es preciso adoptar un punto de vista abarcador en términos teóricos e históricos. Toda mirada crítica incluye necesariamente una perspectiva englobadora, trasciende las fronteras entre las disciplinas científicas, ramas o subramas de las ciencias sociales y la filosofía y se engarza con los espacios culturales más amplios, con el mundo de lo político y los comportamientos colectivos, con la interpretación de los principales hechos de la historia. En tal sentido, no puede limitarse a la discusión de conceptos aislados, de ideas parciales, de fenómenos acotados, dado que sólo en el marco de una visión de conjunto esos conceptos e ideas adquieren una significación más acabada, una verdadera coherencia, un sentido riguroso y consistente. Las sucesivas particiones del conocimiento social, que en las últimas cuatro o cinco décadas dieron lugar a una profusión de Ciencias parciales, son hijas de una de las versiones dominantes en las Ciencias Sociales: en particular el liberal-funcionalismo concibe divisiones estancas del saber susceptibles de desarrollos autárquicos, sin considerar la vertebración de cada una de esas parcialidades con los otros fenómenos que, en muchos casos, inciden de manera fundamental sobre el problema en estudio. Desde la segunda postguerra el liberal-funcionalismo –una de las vertientes más pobres de Max Weber, a cuya obra le eliminan la historia, la política y la filosofía, para cosificarla en un anodino sistema de acción social– fue el promotor de la *taylorización* de los estudios académicos, pretendiendo elevar al plano de ciencias autónomas a las diferentes ramas que abordan problemas sectoriales del acontecer histórico y social, como la Sociología, las Ciencias Políticas, la Psicología Social, y las Ciencias de la Comunicación o de la Educación diferenciándolas tajantemente de la Historia, la Economía, la Filosofía o la Antropología.

Los planteos de especialización científica y los severos límites entre disciplinas –como garantía de rigurosidad y objetividad– no pudieron impedir que las principales corrientes teóricas o sus distintas vertientes se hicieran presentes en los respectivos programas de estudio –Marx o Weber por citar sólo algunos–, de modo tal que aquello que se pretendía diferenciar verticalmente en supuestas ciencias autónomas volviera de hecho a penetrar horizontalmente, marcando las distintas concepciones de la problemática socio-histórica. Esto no supone negar la legitimidad de los

estudios sobre aspectos parciales, relativamente autónomos y con dinámicas propias de desarrollo que pueden ser analizados como factores con cierta independencia: problemas económicos, historia del desarrollo científico-tecnológico, comunicaciones, procesos políticos, aspectos del Estado y la administración, movimientos sociales, sindicalismo, demografía o culturas indígenas. Pero muy distinto es el planteo que ignora en forma sistemática la vertebración de estas particularidades con los marcos globales que inciden en su dinámica, o pretender que existe una única forma "científica" y "objetiva" de interpretar cada uno de esos procesos. Los momentos fundacionales de las Ciencias Sociales —como el debate entre Max Weber y el marxismo en la Alemania de fines del XIX y principios del XX— evidencian que las corrientes teóricas tienen un carácter integral y expresan momentos de confrontación entre grandes paradigmas o matrices de pensamiento. Es difícil encasillar a Marx o a Weber en las categorías de economista, filósofo, sociólogo, demógrafo, comunicador, politólogo o historiador. Al buscar respuestas frente a cambios como los de la segunda mitad del siglo XIX, con la madurez de la Revolución Industrial y el surgimiento de nuevos sujetos sociales que planteaban opciones en pugna ante la Modernidad en el Occidente central, los abordajes debían ser abarcadores, complejos, capaces de dar cuenta de la relación entre los diversos fenómenos que se vertebran en tales procesos. Por encima de los acuerdos o disidencias con cada uno de ellos fueron ricas manifestaciones de un *conocimiento estratégico*, al formular hipótesis e interpretaciones acerca del pasado, el presente y el futuro de esas sociedades.

La *taylorización* de los saberes en las ciencias humanas se agrava por una actitud en la enseñanza que tiende a desvincular los conceptos del marco teórico más amplio dentro del cual adquieren coherencia, como si se tratara de ideas aisladas, sin relaciones con la trama conceptual que realmente los define. Las ideas aparecen entonces como entes que flotan en el aire, aplicables en cualquier tiempo y lugar cual inspiraciones individuales al margen de la historia, de las sociedades concretas, de las pasiones o las mentalidades sociales, de los condicionantes culturales, de las visiones del mundo, de las relaciones de poder y de los distintos sucesos que rodean ese pensamiento. Por el contrario, el *conocimiento estratégico* es integrador, relacional, complejo; pretende detectar los núcleos decisivos de la problemática en estudio y los

principales factores interrelacionados que actúan en los procesos histórico-sociales. Es un pensamiento que incorpora y procesa críticamente los aportes de distintas corrientes teóricas o filosóficas adoptando los elementos que puedan enriquecer sus propias concepciones, sin ignorar las connotaciones inmersas en cada concepto o en las definiciones epistemológicas que conllevan. El análisis crítico de las corrientes de pensamiento desde una óptica *transdisciplinaria*, susceptible de incorporar los problemas en estudio dentro de las coordenadas que trazan las grandes líneas interpretativas, supone abordar los fenómenos sociales e históricos desde una determinada idea de totalidad. En rasgos generales, se trata de una mirada que al mismo tiempo contempla en sus principales tendencias los factores y contradicciones que juegan en una sociedad dada y, además, la articulación de estos procesos en relación con otras sociedades, con la dinámica internacional en un momento histórico. No se trata entonces de plantear una totalidad cerrada sobre sí misma, ni de ignorar la obvia dificultad de incluir todos los factores que intervienen en los procesos históricos y sociales, sino de una visión articuladora, abierta y dinámica, que cuestione las interpretaciones parcializadas y permita incluir lo excluido, señalar los silencios. Una óptica que reconozca la riqueza y complejidad del desarrollo de las sociedades y plantee la elaboración de hipótesis, diagnósticos o supuestos acerca de las tendencias fundamentales que actúan en los fenómenos sociales, sin caer en un generalismo abstracto o en negar la relativa autonomía con que puede encararse el conocimiento y la investigación de aspectos particulares.

Uno de los instrumentos más típicos de distorsión y encubrimiento de las realidades sociales ha sido el aislamiento de los hechos, eludiendo su vertebración en encuadres más amplios que muchas veces tienden a reformular sustancialmente el diagnóstico de una situación dada. No por casualidad las vertientes de origen liberal son las que más enfatizan la parcialización en el análisis de los problemas históricos, económicos, políticos y sociales, negando la posibilidad científica de abordarlos desde una perspectiva de conjunto. Las verdades a medias, los cautos silencios, acompañaron el desarrollo histórico del liberalismo tanto en la matriz de la filosofía jurídico-política —con sus hombres libres, iguales y propietarios, organizados socialmente a través de un contrato—, como en la versión de la economía política que prefirió

concebir a las sociedades cual fruto de la sabia e invisible mano del mercado, capaz de transformar en un bienestar general el comportamiento egoísta de los hombres. Tales metáforas constituyeron un instrumental ideológico contundente en la descomposición del mundo feudal europeo, y se irían enriqueciendo al ritmo de desarrollo de las nuevas técnicas aplicadas a la industria, el transporte y las comunicaciones acompañando los procesos de expansión colonial, dando legitimidad a un destino manifiesto para civilizar al mundo, incorporarlo al progreso de las artes y de las ciencias, de la iniciativa privada, de la acumulación del capital. Desde fines del XVIII y a lo largo del XIX las ideas liberales –en sus expresiones políticas y académicas– asentarían su predominio en Europa y Estados Unidos, nutriendo las llamadas revoluciones democráticas, aportando a la construcción de una nueva era de libertad e igualdad y al despliegue del proyecto de la Modernidad formulado por los filósofos de la Ilustración. Empero, esta es solamente una parte del relato. En esas revoluciones democráticas los postulados liberales convivieron durante más de un siglo, por ejemplo en los Estados Unidos, con la esclavitud o la masacre de indígenas. En Europa Occidental, desde las monarquías parlamentarias a las repúblicas, la lógica del pensamiento liberal tuvo la misma constante: iguales, libres y propietarios los blancos europeos; los pueblos coloniales –cuyo estatuto humano sospechado de barbarie no les otorgaba derechos ciudadanos– sólo podían aspirar al privilegio de ser civilizados por el dominio blanco, transformados en *deudores* y pagando un alto precio, todo ello hasta bien entrado el siglo XX. Una visión del mundo que subyace al pensamiento político y académico de Occidente que absorben fascinadas las clases privilegiadas y ciertas elites ilustradas en América Latina, y que culmina con las ideas del *único camino* y sus consecuencias.

La relación de las corrientes teóricas con determinados proyectos histórico-políticos indican, a su vez, una articulación más o menos mediatizada entre las ciencias humanas y los patrimonios culturales y experiencias vitales de diferentes sujetos sociales, en distintas áreas geográficas y etapas de la historia. En tanto modos de percibir el mundo de diferentes sectores sociales de un país o región dados, tales patrimonios y experiencias conforman el sustrato para la constitución de las voluntades colectivas sobre las cuales se erigen y consolidan los proyectos de sociedad. En tal sentido, las formulaciones teóricas –al margen de los conceptos y

metodologías planteados, del carácter fundacional o perecedero de los aportes conceptuales, del mayor o menor alcance de su influencia– están inmersas en contextos culturales, son expresión de épocas históricas particulares y se vertebran con las mentalidades de distintos sectores de la población de un país o región. Mentalidades y sentido común entendidos como la incorporación socializada de patrones culturales y valores que actúan –con sus espacios de opacidad y sus contradicciones– como referentes de la vida cotidiana y base para la construcción de los consensos políticos. De esta manera, los límites entre las distintas formas del conocimiento, entre los diversos modos de percepción e interpretación de la realidad, se hacen más difusos y tienden a romperse esquemas que pretenden reivindicar la racionalidad y la posesión de la verdad para la ciencia, despojando de toda capacidad de saber a las expresiones de lo social. Y de la misma manera que se diluyen las divisiones rígidas entre conocimiento científico y saberes socio-culturales tienden a desestructurarse también las versiones elitistas, las soberbias iluminadas, las distancias entre las fracciones intelectuales y las mayorías sociales. Los diversos aportes teóricos se procesan de un modo similar al señalado por José Luis Romero con referencia a las ideas de la Ilustración o el liberalismo:

“En general, las ideas de la Ilustración se elaboraron despacio-samente en Europa a través de múltiples experiencias que hizo la burguesía desde la edad media y a lo largo de un proceso intelectual que fijó la concepción racionalista. Sólo después de tan larga elaboración el pensamiento burgués y racionalista logró integrarse en un sistema no sólo de gran coherencia sino también de creciente simplicidad. Sin embargo, la síntesis no fue universal (...) Pero en todos los casos, cualesquiera fueran los términos de la fórmula y cualesquiera fueran sus contenidos, el sistema arrastraba un conjunto de experiencias reales previas a su elaboración intelectual y un nutrido contexto de supuestos que anunciaban su presencia, cualquiera fuera el esfuerzo que se hiciera por ocultarlo.” (José Luis Romero: op.cit.)

Esa existencia de *trincheras* en el seno de la sociedad civil fue brillantemente percibida por Antonio Gramsci, quien hará uno de los intentos más lúcidos de reformular el problema de la conciencia social en el marxismo. Va a buscar en las complejidades culturales los caminos de elaboración de una reforma intelectual y moral

que difícilmente podía ser impuesta "desde afuera". Pensando en Italia y en Europa formula fértiles interrogantes acerca de la articulación entre sentido común, política y filosofía superior que abren al pensamiento social caminos más fructíferos que las divisiones entre *el sabio* y *el político*. Esa supuesta separación entre ciencia y política que la inteligencia y la pasión impidieron alcanzar al propio Weber, cuya producción intelectual está teñida por la cultura y la política alemanas de su tiempo.

La necesidad de plantear una profunda reformulación en los modos de abordaje teóricos y metodológicos de las Ciencias Sociales supone adecuarse al nuevo tipo de *conocimiento* que emerge con la Revolución Científico-Técnica: Este *conocimiento* tiende a superar los límites disciplinarios, tanto en las ciencias humanas y las ciencias duras como en la vinculación de ellas entre sí. Es lo que señalan las propuestas referidas al pensamiento complejo, a la incertidumbre, a la matemática del caos o los elementos brindados por las ciencias biológicas y cognitivas, miradas que no apuntan a una simple generalización sino a la posibilidad de articular los ejes nodales de las distintas ciencias, de modo tal de reemplazar el tipo de análisis restringido del *experto* por formas de aproximación relacional. Es decir, estudios e investigaciones que adquieran un movimiento en espiral, en el que el enfoque englobador permita definir los núcleos problemáticos que deben enfocarse en profundidad, sin ignorar el marco más amplio que los condiciona para enriquecer a su vez el análisis integrador; conocimiento analógico, articulador, de innovación, que requiere la creatividad del pensamiento colectivo, la construcción de redes y equipos de trabajo sustentados en el intercambio y la cooperación.

III: Argentina y América Latina: sociedades sin historia

Otra faceta de las limitaciones que encuentran las Ciencias Sociales en Argentina y América Latina es el desconocimiento de sus raíces históricas y culturales, de la densidad de las ideas y experiencias político-sociales que signan su pasado y —por encima de los cambios procesados en el transcurso de un largo período— muestran líneas de continuidad, cuyos contenidos inciden en muchos aspectos de la dinámica presente de nuestras sociedades. No se trata de la historia en tanto disciplina específica sino como formación básica indispensable en todas las ciencias hu-

manas. Para pensar el pasado, el presente y el futuro en la construcción de un conocimiento estratégico es necesario un fluido manejo de información acerca del pasado de América Latina y Argentina en el contexto internacional de cada época; pero el desconocimiento de ese pasado es una falencia que suele afectar a la gran mayoría de los científicos sociales, salvo en el caso de los expertos en historia. Es necesario un manejo de la historia con sus debates y confrontaciones entre proyectos orgánicos en distintos momentos clave, que incorpore las visiones político-culturales planteadas por diversos sujetos sociales y el papel de las tradiciones indígenas, negras y mestizas en la elaboración de las diferentes opciones, como también el pensamiento y las propuestas de los líderes e intelectuales orgánicos. Hay un desconocimiento de la propia historia vinculado tal vez con la convicción de que no existe originalidad en este continente y, por lo tanto, es posible analizar sus procesos con categorías y conceptos universales sin ningún tipo de reformulación crítica o creación autónoma. En los inicios del siglo XIX Simón Rodríguez planteaba que si: "*La América española es original, originales han de ser su gobierno y originales los medios de fundar uno y otro: o inventamos o erramos*". Un siglo y medio más tarde José Luis Romero decía: "*Quizás ha sido Latinoamérica más original de lo que suele pensarse, y quizás sean más originales de lo que parecen a primera vista ciertos procesos que, con demasiada frecuencia, consideramos como simples reflejos europeos*".

Esa ignorancia de las raíces históricas y culturales es grave en Argentina, y puede comprobarse en el desconocimiento que se tiene de una figura como San Martín: sobre sus propuestas políticas, sus alianzas y contradicciones, sus relaciones con Bolívar, Rivadavia o Sarmiento, sus ideas acerca de los pueblos indígenas y negros, el esquema político-militar y cultural en el cruce de los Andes, el por qué de su exilio en Francia o de su fracasado intento de retorno en 1828. Debilidad que fortalece una *política de la historia* cuyo fin es silenciar el incómodo pensamiento y la acción de San Martín para las clases dominantes, eludiendo las connotaciones actuales de aquellos proyectos en pugna durante esa etapa crucial de nuestra historia que no son meros temas del pasado y conservan su vigencia como cuestiones del presente. En las experiencias de organización social que surgen o se revitalizan luego de diciembre del 2001, aun mostrando una gran creatividad en las modalidades participativas y de toma de decisiones, se reitera el

problema. Ante esas formas de democracia directa y soluciones colectivas con valores de solidaridad y cooperación más de una vez se hace referencia a Rousseau, o al ágora griega. Sin embargo –para el caso de piqueteros¹, cartoneros² o de empresas recuperadas– pocos evocan las circunstancias más cercanas de la democracia de Artigas, o la Consulta y los Parlamentos indígenas de San Martín. Experiencias enraizadas en tradiciones guaraníes, quechuas o mapuches –que han tendido a permanecer en esa población a pesar de los mestizajes, genocidios, desprecios y cambios sucedidos en el tiempo–, cuyas stirpes familiares los ligan con identidades culturales que no suelen ser consideradas por las Ciencias Sociales.

Sin duda, esta carencia de memoria histórica en Argentina está también signada por su especial conformación poblacional desde la segunda mitad del XIX. En aquellos momentos, poco antes del ingreso masivo de inmigrantes, se habían producido tres grandes genocidios en áreas de alta densidad indígena y mestiza: la represión de los movimientos federales en el noroeste, la guerra del Paraguay en el noreste y la conquista del desierto en el sur. Para consolidar el orden oligárquico de los ochenta, luego de los genocidios se impone una política cultural y educativa con la consigna *Civilización o Barbarie*, que plantea un profundo desprecio hacia las culturas y pueblos originarios del país: concepción que, bajo diversas modalidades, continúa en los sistemas educativos con toda naturalidad. Salvo para arqueólogos y antropólogos, la historia argentina no tiene más de doscientos años, aunque estos territorios estuvieron poblados con culturas peculiares, como lo demuestra la profusión de arte rupestre y cerámicas, formas propias de relato y aun de escritura que se estima tienen su origen en hace más de diez mil años. La conformación de los pueblos que encuentran los conquistadores se remonta en muchos casos al siglo V aC, y parte sustancial de sus creencias han llegado hasta el presente: el culto a la *Pachamama* y otras múltiples creencias

¹ Recolectores ciudadano y por su cuenta de cartones y papeles, por lo general trabajadores dejados cesantes, que luego clasifican y venden a sus acopiadores para el reciclaje (N. del E.).

² Trabajadores en situación de desempleo que agrupados en diferentes movimientos de organización y protesta recurren al histórico piquete sindical para manifestarse (N. del E.).

o valores pueden encontrarse, con matices y reformulaciones, a veinte kilómetros del edificio en Buenos Aires del Congreso de la Nación. Se dice que los argentinos descendientes de los barcos, pero muchos argentinos –en especial los de rostro moreno– provienen de troncos familiares que no han descendido de los barcos, aunque se mestizaron con descendientes de barcos.

La homogeneización característica del sistema educacional argentino –que utiliza diversas modalidades de sanción explícita o implícita– combinó una actitud despectiva hacia las culturas aborígenes y mestizas, con una *política de la historia* que descalifica o silencia todo pensamiento o proyecto político capaz de hostigar la visión cultural dominante que –parafraseando a Marx– es la visión de las clases dominantes neocoloniales. Las Ciencias Sociales y las Humanidades no están incontaminadas frente a tales presiones; el desconocimiento de la historia es uno de los síntomas y refuerza el distanciamiento entre las naciones del continente, cuando la articulación de bloques continentales a nivel mundial indica que nuestra única alternativa es una integración regional autónoma. Si la universidad pública desea aportar al desarrollo de la cultura y el conocimiento en función de los intereses de la Nación, con visión pluralista y democrática, esas miradas que nos consideran *pueblos sin historia* deben ser objeto y parte ineludible de la crítica y el debate. Como señalara José Martí:

“El buen gobernante en América no es el que sabe como se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país (...) ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte de gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. (...) La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra (...) Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas. (José Martí: “Nuestra América” en *Martí y la primera revolución cubana*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1971.)

IV: Las otras ideas en América Latina y el concepto de democracia

En función del debate acerca de un conocimiento estratégico en América Latina, consideramos pertinente retomar otros aportes de José Luis Romero referidos al propio concepto de *ideas*, y a la relación de las ideologías con los procesos político-culturales en el continente. Un análisis que puede hacerse extensivo a las Ciencias Sociales y a las Humanidades si se aceptan los postulados que hablan de estrechos vínculos entre cultura, política y corrientes teóricas:

"No llamo ideas solamente a las expresiones sistemáticas de un pensamiento metódicamente ordenado, sino también a aquéllas que aún no han alcanzado una formulación teórica rigurosa; y no sólo a las que emergen de una reflexión teórica, sino también a las que se van constituyendo lentamente como una interpretación de la realidad y de sus posibles cambios. Esas otras ideas, las no rigurosas, suelen tener más influencia en la vida colectiva. (...) El esquema de las corrientes ideológicas de Europa Occidental no puede servirnos de modelo, porque el desarrollo de las corrientes ideológicas tiene allí una profunda coherencia con el desarrollo económico, social, político y cultural. Esta situación no se da en Latinoamérica. (...) un análisis de sus contenidos en Latinoamérica no ayudaría mucho a entender los problemas latinoamericanos, porque a su vez se han desarrollado otras corrientes de opinión mucho menos precisas y sistemáticas (...) aunque de arraigo mucho más profundo (...) Con esto se llega a lo que para mí constituye el nudo del problema. En los países de desarrollo social y cultural autónomo, las ideas constituyen un haz coherente con ese desarrollo; pero en Latinoamérica como en el mundo árabe y en los países recién emancipados de Asia y África, las ideologías se mueven de distinta manera (...)" (José Luis Romero, op.cit.)

Como se ha señalado, desde fines del XVIII y comienzos del XIX –basándose en esas *otras ideas*– en América Latina se formularon las concepciones más avanzadas sobre el alcance del concepto de seres humanos, de ciudadanos y de democracia en todo Occidente. Si bien la mayoría de esas propuestas sufrieron dramáticas derrotas –la paradoja es que los proyectos de los grandes héroes nacionales, como Petión, Hidalgo y Morelos, Artigas, Bolívar, San Martín, Martí, Sandino o Zapata fueron derrotados– es el

primer lugar del mundo donde, además de abolir la esclavitud y la servidumbre indígena, se formula un concepto de democracia extendido al plano político, socio-económico y cultural como un modelo integral de sociedad. Junto al reconocimiento ciudadano de los castas inferiores estas corrientes planteaban una redistribución de la riqueza –principalmente la tierra– con el fin de garantizar los recursos económicos indispensables para ejercer la ciudadanía. Se reconoce la dignidad de las culturas aborígenes y en las propuestas educativas, que tienen en Simón Rodríguez su elaboración más brillante, entre otros aspectos que aún hoy son de avanzada se plantea que los maestros deben aprender esas lenguas para enseñar a los alumnos bilingües sin agredir sus identidades. Una *paideia* derivada de ideas claramente opuestas a los postulados de *Civilización o Barbarie* y un concepto de democracia que contrasta con el de la democracia liberal de Occidente.

La apelación a la historia tiene una candente actualidad –en el tema de la democracia, el pluralismo, las dimensiones de la condición humana– dadas las similitudes entre el período de la emancipación y las actuales circunstancias nacionales, latinoamericanas e internacionales. Al igual que entonces, nos situamos en los albores de una nueva edad histórica y en un proceso de reformulación de las relaciones de poder mundial mientras los impactos tecnológicos han generado profundas conmociones en las sociedades. Los requisitos técnico-económicos del recurso *conocimiento* obligan a construir modelos sociales de alta integración; democracias políticas, económicas y culturales como condición ineludible para implementar los paradigmas productivos y de gestión económica y social basados en tecnologías de avanzada. En América Latina, estos requerimientos se conjugan con el imperativo de una reivindicación social y un reconocimiento de la condición humana de todos los habitantes, cuya trascendencia ante los existentes niveles de pobreza y exclusión equivale al fin de la esclavitud y la servidumbre indígena. Un pensamiento estratégico no puede entonces eludir la riqueza de esas *otras ideas*, aún cuando no estén reconocidas por las pautas oficiales del mundo académico. No son *ideas* sustancialistas o autárquicas, sino concepciones *autónomas*, susceptibles de enriquecerse con la adopción crítica de las contribuciones del pensamiento universal a condición de establecer claramente el lugar epistemológico, social e histórico-político desde el cual se las acoge y explicitan sus supuestos y valores.

V: Alternativas de Argentina ante una nueva edad de la historia: el papel de las Universidades y las Ciencias Sociales

Argentina es uno de los países de América Latina con mayores posibilidades de revertir en un tiempo relativamente corto la actual catástrofe económico-social, y plantear un nuevo modelo de sociedad y Estado frente al cambio de época histórica. Las respuestas sociales ante la crisis y situaciones límite mostraron increíbles reservas de talento, creatividad, inteligencia y grandeza en distintos estratos sociales –principalmente entre los más golpeados– en la búsqueda de soluciones colectivas sobre bases solidarias. Cartoneros, piqueteros, comedores populares, organizaciones de apoyo barriales y asambleas que se articulan con otros agrupamientos, como la Clínica Portuguesa o la ayuda a Tucumán y las empresas recuperadas, son algunos ejemplos. Sin desconocer los aciertos y errores, los conflictos internos o los vaivenes de su construcción, los eventuales clientelismos y otras distorsiones que los afecten han demostrado un potencial inapreciable para la reconstitución del tejido social y el diseño de formas participativas en un modelo distinto de sociedad. Experimentaron como se construye el recurso *conocimiento* a través del pensamiento colectivo, el trabajo en equipo, la creatividad, la capacidad innovativa, el intercambio de saberes técnico-académicos y sociales, la cooperación, la solidaridad.

El caso de las empresas recuperadas es paradigmático y evidencia el papel de las concepciones del mundo y los valores que guían las decisiones económicas. El Banco Mundial impulsó planes de microemprendimientos individuales como políticas sociales y formas de utilización de las indemnizaciones por despido. A partir de su idea de la esencia humana egoísta y tomando actualizaciones al estilo de Hernando de Soto –cuya prédica convoca a los individuos, incluso a quien vende ajos en la calle, a actuar cual *empresarios* y oponerse a la agobiante acción del Estado– los microemprendimientos serían la panacea para aquellos con iniciativa y voluntad. Se sabe que el fracaso de esas políticas superó holgadamente noventa por ciento de las experiencias, y en poco tiempo la quiebra de quioscos, verdulerías, remiseros³ y otros llevó a los microempresarios

³ Transportista de pasajeros autónomo que actúa con un automóvil particular a manera de auto de alquiler, en la mayoría de los casos en precarias condiciones mecánicas y de salubridad. Está el sistema muy extendido en las barriadas pobres de las grandes ciudades (N. del E.).

rios hacia la desocupación y la pobreza. En contrapartida, la experiencia de empresas recuperadas se sustenta –de modo explícito o implícito– en una visión muy diferente: los seres humanos son esencialmente sociales y sus proyectos individuales sólo cobran sentido y despliegan su potencial al integrarse en proyectos colectivos, basados en la cooperación y la reciprocidad. Las tradiciones comunitaristas de los pueblos precolombinos y las vertientes populares latinoamericanas no están alejadas de estas experiencias, y actualmente funcionan unas ciento noventa en todo el territorio argentino, exitosas en su casi totalidad según datos del Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER).

Estas empresas han establecido un tipo de organización del proceso de trabajo similar a las formas más avanzadas que requiere el recurso *conocimiento* –como los *círculos de calidad* en Japón–, en el que se superan las estructuras verticales y la segmentación típicas de la Revolución Industrial. En ésta cada trabajador era más eficiente al repetir infinita cantidad de veces la misma tarea sin tener noción del conjunto del proceso, controlado por una cúpula empresaria, técnica y ejecutiva. Por el contrario, los *círculos de calidad* suponen formas de organización horizontal, equipos de trabajo donde participan todos los componentes del proceso –empresarios, técnicos, ejecutivos, trabajadores– en una dinámica de intercambio de opiniones y saberes que alimenta la creatividad, la capacidad de innovación y la búsqueda en común de soluciones ante distintos problemas. En esta modalidad todos conocen la dinámica global del proceso, y ello les permite ser más eficaces en sus tareas específicas. En el caso argentino, a esta experiencia organizativa se sumó la eliminación del costo empresario –ganancias esperadas de los propietarios del capital, pago de salarios a ejecutivos, capataces y similares– que conforma un vértice parasitario y absorbe entre veinticinco y treinta por ciento de los costos productivos: la mayor eficiencia de las empresas sociales se revela en niveles equivalentes de calidad a menor costo. En este tipo de empresas el eventual empleo de tecnologías que ahorran tiempo de trabajo humano puede resolverse mediante una disminución de la jornada laboral, complementada con un aumento de los ingresos provenientes de las mayores utilidades por el incremento de la productividad.

Tal experiencia está marcando una de las líneas más contundentes para la superación de la crisis económica y social del país. En Argentina, donde en el último decenio y medio han cerrado más de cincuenta y cinco mil establecimientos, las más de ciento

noventa empresas recuperadas existentes ocupan cada una un promedio de algo menos de cien trabajadores. Es posible entonces pensar un plan de creación de un área de empresas sociales con el fin de reincorporar a una alta proporción de actuales desempleados en tareas legítimas y calificadas: treinta mil empresas de este tipo en los sectores rural, industrial, comercial y de servicios, en todo el país y con garantías de calidad, permitirían crear tres millones de empleos en no más de dos a tres años. A un costo promedio de tres mil dólares por puesto de trabajo –lo que triplica el monto estimado por las recuperadas– el ingreso de esos tres millones de trabajadores requeriría unos diez mil millones de dólares para iniciar un círculo virtuoso de superación del desempleo, la precarización laboral, la pobreza y las hambrunas. La incorporación de casi veinticinco por ciento de la PEA en empleos que multiplicarían varias veces la inyección de ingresos por los planes Jefas y Jefes de Hogar, generaría necesariamente nuevos empleos para proveer la consecuente demanda. A ello deben sumarse otras dos áreas estratégicas: por una parte, un nuevo tipo de empresas públicas con fuerte control social e institucional a fin de garantizar transparencia por medio de una gestión participativa, que recupere las áreas privatizadas de energía, rutas nacionales, telecomunicaciones y similares. Por otra, empresas latinoamericanas orientadas a sustentar una integración continental autónoma: líneas aéreas con provisión de aviones, empresa petrolera latinoamericana, desarrollo satelital, canales de televisión, proyectos de investigación y desarrollo en ciencia y tecnologías de punta. En este último caso, si bien ninguno de nuestros países aisladamente cuenta con los recursos materiales y humanos para afrontar ese reto, la sumatoria de los recursos de México, Venezuela, Brasil, Argentina y otras naciones sí los brindarían. El tema clave es, por lo tanto, el de los recursos disponibles para desplegar tales alternativas. Pero esto plantea un problema político de fondo, ya que los recursos están hoy en manos de esas corporaciones y bancos locales y extranjeros, beneficiarios del despojo en Argentina durante los últimos 27 años. Las AFJP ganaron por comisiones veinticuatro mil millones de dólares desde su creación, las privatizadas reclaman diecisiete mil millones ante sus pérdidas por la pesificación, la renta energética anual que se llevan las grandes empresas del sector ronda los diez mil millones de la misma moneda y una auditoría para establecer la deuda

externa legítima puede demostrar que se ha pagado varias veces y en realidad somos acreedores.

Si el problema es esencialmente político-cultural requiere un debate acerca de las ideas y valores que orientan las distintas alternativas. En este escenario las universidades nacionales y los sistemas de ciencia y tecnología adquieren un papel y una responsabilidad inéditos. En América Latina son los únicos espacios donde se concentra la masa crítica del *conocimiento* en su más alto nivel de elaboración y en todo el espectro de saberes físico-naturales y sociales, aunque es imprescindible reformular las modalidades de formación, superar las fronteras de las ciencias, desarrollar un pensamiento colectivo y transdisciplinario, y establecer formas de articulación con sectores e instituciones sociales que les permitan incorporarse en los procesos de definición de nuevos modelos sociales y de integración continental. Su distribución en todo el país les posibilitaría participar en el diseño de respuestas –con estrategias integrales y multidisciplinarias, debatidas con los protagonistas sociales– en experiencias de reconstrucción económica, social y cultural en las distintas regiones. Cuentan, además, con gran agilidad para el intercambio de experiencias y saberes a escala nacional y son los instrumentos más dinámicos para impulsar un proceso de articulación continental, basado en relaciones horizontales, pluralistas y democráticas. Son los *nuevos yacimientos de petróleo* con los que cuenta América Latina para ingresar en la edad de la historia que se inicia. No obstante, es necesario remarcar que el concepto mismo de *conocimiento* y sus contenidos carecen de neutralidad, y que los universitarios no deben actuar como elites iluminadas, como los únicos poseedores de la verdad. Existen saberes socioculturales –y sabidurías– que, no importa cuáles sean sus niveles de sistematización o fundamentación son tan valiosos como el científico. En consecuencia es preciso establecer las bases de esa conexión entre distintos conocimientos, mutuamente enriquecidos a través del diálogo, el respeto y las experiencias en común entre universitarios y diversos sectores sociales, para recorrer otro camino.